

**BREVE HISTORIA
DE LAS CIUDADES
DEL MUNDO CLÁSICO**

Ángel Luis Vera Aranda



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de las ciudades del mundo clásico

Autor: © Ángel Luis Vera Aranda

Director de colección: José Luis Ibáñez

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio

Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos del texto de este libro. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-916-3

Libro electrónico: primera edición

A mi hijo Ángel Luis.

Índice

Introducción	13
Capítulo 1: Las grandes aportaciones griegas al urbanismo. Atenas y la polis clásica:	
la ciudad monumental	23
La polis arcaica	25
Los cimientos de la grandeza ateniense	30
Atenas camina hacia su edad de oro	34
El esplendor ateniense en la época de Pericles	43
El lento languidecimiento de una polis	53
La visita del emperador Adriano, el último resurgir de la grandeza clásica	61
La decadencia y destrucción de una polis clásica	64

Capítulo 2: Alejandría, un emporio cultural tolemaico en el delta del Nilo	73
La ciudad de Alejandro	74
Los primeros Tolomeos.....	84
El estancamiento durante los últimos Tolomeos	93
La Alejandría romana: crecimiento demográfico, apogeo económico y esplendor cultural.....	98
Comienza la crisis: el cristianismo y el final de la Gran Biblioteca	105
El triste final de la Alejandría clásica: los árabes y el islam	110
Capítulo 3: Las ciudades helenísticas en el Próximo Oriente. Antioquía: la gran olvidada del mundo clásico.....	115
La fundación de Antioquía.....	117
La Reina de Oriente	124
Antioquía romana.....	130
El comienzo de la decadencia	142
La furia de la tierra se ceba sobre Antioquía ..	152
Capítulo 4: Los orígenes de Roma y el desarrollo del urbanismo romano durante el periodo republicano.....	159
Las grandes etapas de la evolución urbana romana	162
El origen y la consolidación de la antigua Roma.....	164

Crecimiento y desarrollo de la ciudad republicana.....	172
Una nueva época de expansión	177
Capítulo 5: La Roma de los césares, el centro del mundo hace dos mil años	185
El auge y el apogeo de la etapa imperial.....	189
Las causas de la decadencia	201
La época de la crisis	204
El último momento de esplendor	212
La ruina de la Roma clásica	220
La muerte de la Roma imperial.....	225
Capítulo 6: Otras ciudades de la antigüedad clásica: Seleucia, Ctesifonte, Éfeso, Pérgamo y Petra	233
Seleucia, una metrópolis helenística	234
Ctesifonte, la capital de los partos y los persas sasánidas	240
Éfeso	251
Petra	273
Pérgamo	285
Bibliografía.....	297

Introducción

Grecia y Roma son dos de las civilizaciones que más aportaciones han hecho a la Historia. Con ellas, el mundo antiguo, heredero de los egipcios y de los mesopotámicos, llegó a su esplendor. Durante más de un milenio, los griegos primero y los romanos después llevaron la cultura a un grado de desarrollo que el mundo no había contemplado hasta entonces, y que volvería a tardar otros mil años en contemplar.

Los griegos desarrollaron el pensamiento y el conocimiento. Suyas son las grandes aportaciones teóricas que sentaron las bases de la ciencia moderna. Los romanos llevaron a la práctica los grandes avances de los griegos. Fueron ellos quienes los difundieron y los llevaron a su culmen en todo el ámbito del mar Medite-

rráneo. Ambas culturas destacaron en muchos aspectos, pero nosotros nos centraremos en su urbanismo.

En un principio, las aportaciones griegas al urbanismo no fueron particularmente destacadas. Hasta el siglo VIII a. C. las *polis* o ‘ciudades griegas’, eran pequeños asentamientos de escasa población y con poca extensión. Pero a partir de ese momento, el crecimiento demográfico significará también el aumento de la extensión del espacio edificado. Cuando este crece, la mente organizada e inquieta de los griegos les lleva a plantearse la necesidad de racionalizar ese desarrollo urbano. Hasta entonces, las polis habían crecido de una manera anárquica, sin apenas preocuparse de su planificación o de la organización del espacio, pero los responsables de las ciudades y los propios ciudadanos eran conscientes de la necesidad de diseñar la ciudad del futuro.

En el siglo V a. C. Grecia inicia una desigual lucha contra el mayor imperio que había en ese momento, el persa. Este reacciona contra la sublevación de las ciudades griegas de la costa jonia (en la actual península turca de Anatolia) arrasando algunas polis (en particular Mileto, como represalia a los griegos por haber incendiado anteriormente Sardes, la capital donde residía el *sátrapa* o ‘gobernador persa’), como castigo por haberse rebelado. Aquella guerra entre David y Goliat acaba sorprendentemente con el triunfo de los que, en principio, parecían más débiles, los griegos. Y, aprovechando aquel momento de euforia, el genio griego se muestra con toda su brillantez y es el urbanismo uno de los aspectos en los que se hace patente.

Pocos años después de la destrucción de estas ciudades, un urbanista griego llamado Hipódamo recibe el encargo de diseñar un plano para la reconstrucción de la ciudad de Mileto. Hipódamo traza una nueva urbe basada en la línea recta, con manzanas rectangulares que se cortan en ángulos de noventa grados, rodeadas de calles que siguen esa misma línea. Es el plano que, en urbanismo, se conoce como *ortogonal*, ya que todos los ángulos del mismo se cortan con líneas rectas y son, por tanto, iguales. Hipódamo aplica el plano por primera vez en Mileto, y fue tal su éxito que a este tipo de plano lo conocemos como plano *hipodámico*. El triunfo de ese trazado no solo se reduce al área de la propia Grecia o a sus costas en el mar Egeo. Cuando, en el último tercio del siglo IV a. C., el macedonio Alejandro Magno emprende una de las epopeyas más increíbles de la humanidad, la conquista de todo el mundo conocido al oriente del Mediterráneo, la civilización griega se extiende por todos esos territorios, y con ella también lo hace su concepción del urbanismo.

Cuando Alejandro murió en el 323 a. C., sus generales pelearon duramente por conservar la herencia del gran rey. En esas continuas luchas que tuvieron lugar, los *diádocos* o ‘sucesores’ se empeñaron en hacer grande la herencia griega, no solo en lo político o militar, sino también en lo cultural. Pocos años después, esos generales acabaron por proclamarse reyes de sus respectivos territorios. Y dado que una de las tareas de todo reino es procurarse una capital digna de ser considerada como tal, los diádocos se preocuparon de construir ciudades que hicieran su gloria imperecedera.

Así aparecieron urbes como Alejandría en Egipto, que ya había iniciado el propio Alejandro; Seleucia o Antioquía, cuyos nombres proceden de algunos de los generales que habían acompañado al rey macedonio en sus campañas. En todos los casos, los urbanistas que llevaron a la práctica los proyectos de sus soberanos, es decir, de los diádocos, copiaron el diseño hipodámico que tantísimo éxito había tenido. La ortogonalidad presidió la planificación urbana de las ciudades que, con el tiempo, acabaron albergando en su interior a cientos de miles de personas.

Siempre se ha dicho, no sin razón, que Roma fue la heredera directa de la cultura y de la civilización griega, y esa afirmación cobra todo su sentido si la aplicamos al caso del fenómeno urbano. En el siglo II a. C., los romanos entraron en contacto con el mundo griego, y en pocas décadas se hicieron con el control del decadente mundo helénico. Pero los romanos, pueblo práctico como pocos en la historia, supieron reconocer la grandeza y el mayor desarrollo de la civilización que habían conquistado, y no solo la hicieron suya asumiendo cuanto pudieron de ella sino que, en la medida de lo posible, la superaron y de esa forma contribuyeron a un nuevo desarrollo del mundo helenístico. Como en tantos otros terrenos, los romanos copiaron también de los griegos los avances del urbanismo y, de ese modo, el plano hipodámico se extiende por todo el territorio mediterráneo, en forma de colonias romanas y de nuevas fundaciones de ciudades.

Pero cuando Roma asimila la civilización griega, la capital del que luego sería el mayor imperio del

mundo antiguo tenía ya detrás una historia de casi seis siglos y, a lo largo de ese extenso periodo de tiempo, el espacio edificado de la misma se había extendido ya considerablemente. Roma había crecido durante todos esos siglos de manera anárquica, y aunque los romanos aceptaron rápidamente la idea de la ortogonalidad aplicada a las nuevas fundaciones urbanas, se resignaron también a la realidad de conservar su gran capital como un conjunto desordenado de calles y de viviendas con escasas posibilidades de transformación.

Hubo algunos grandes hombres en la antigua Roma que intentaron modificar esta estructura del plano, pero todos sus esfuerzos chocaron con la realidad con la que se encontraron previamente. Finalmente, se desistió ante la imposibilidad de crear de nuevo una ciudad que poco a poco se iba acercando a la asombrosa cifra, para aquel tiempo, de un millón de habitantes.

Sin embargo, los romanos aceptaron plenamente el orden urbano de los griegos y decidieron aplicarlo en las ciudades que crearon de nueva planta. Por toda la zona mediterránea fueron apareciendo nuevos asentamientos que repetían, cada vez que el espacio disponible lo permitía, el ya clásico plano hipodámico.

Roma hizo también algunas aportaciones novedosas. Centuraciones, *castrum*, foro (que sustituyó al ágora griega), cardo, decumano, *mundus*, etc., son conceptos que aparecen por primera vez en el urbanismo de esta época. Timgad (en la actual Argelia), Tarraco (la actual Tarragona, en España), Volubilis (en Marruecos, hoy día), Cartago (muy cerca de la moderna Túnez), Leptis Magna (junto a la actual Trípoli, en Libia) y una gran

cantidad de nuevas ciudades copian este diseño una y otra vez y, en muchos casos, su impronta ha llegado hasta nuestros días con la pervivencia del plano ortogonal, a pesar de los dos milenios que han transcurrido.

En este libro vamos a acercarnos, brevemente, a los dos grandes modelos existentes en época clásica, el ortogonal, que vendrá representado por Alejandría, Seleucia, Éfeso y Antioquía; y el desordenado o irregular, que tendrá como ejemplos a Pérgamo, Petra, Atenas (la más antigua de todas las ciudades que veremos y, por tanto, muy anterior a las teorías hipodámicas) y Roma, centro del mundo antiguo.

Esta excepcionalidad del urbanismo romano nos lleva a plantear de diferente forma la evolución urbana de la gran ciudad imperial. Por una parte, Roma es probablemente la ciudad más monumental que existe en el mundo, al menos desde la perspectiva que nos interesa del mundo clásico. Por otra, es sin duda la ciudad sobre la que poseemos más información sobre su urbanismo en este periodo histórico. Es por ello que el planteamiento que hacemos en esta obra no puede ser el mismo para el caso romano que para cualquiera de las restantes ciudades. En estas últimas tendremos que centrarnos forzosamente en aspectos más generales, ya que las huellas del mundo clásico son bastante escasas en la actualidad, quizás con la excepción de Atenas, cuya época de esplendor aún es visible hoy día en algunos de los monumentos que hicieron de ella una gran ciudad de la época clásica. En Roma se conservan, en mejor o peor estado, buena parte de las grandes obras que se llevaron a cabo hace dos milenios, y ello nos permite plantear de forma

muy distinta y con mayor profundidad los dos capítulos que le hemos dedicado al urbanismo de la ciudad eterna.

En los capítulos que siguen desarrollaremos, por tanto, los aspectos más importantes del urbanismo de todas estas ciudades, centrándonos tanto en su enorme crecimiento demográfico, como en su grandeza monumental, haciendo referencia a aquellas grandes construcciones que con el tiempo se han ido perdiendo o deteriorando, pero que fueron en su época la admiración y el asombro de quienes las contemplaron.

El Partenón y la diosa Palas Atenea, el Olimpeion o la biblioteca de Adriano, en Atenas; la gran avenida de las columnatas o el bosque de Dafne, en Antioquía; el gigantesco Taq i Kusra (también llamado Taq i Kisra) o palacio blanco del rey sasánida Cosroes, en Seleucia-Ctesifonte; el Artemision o la biblioteca de Celso, en Éfeso; la Gran Biblioteca, el Museion, el Soma o el Faro de la Alejandría tolemaica; los foros imperiales, las termas de Caracalla o Diocleciano, el mausoleo de Adriano, el Circo Máximo o el anfiteatro Flavio, en Roma, son ejemplos de espectaculares monumentos que, o bien han desaparecido, o bien han llegado a nuestros días muy transformados o en condiciones que impiden reconocer en ellos su antigua grandeza.

En este volumen hemos querido dotar de una gran importancia a un fenómeno que habitualmente otras obras que tratan esta temática suelen omitir o describen de una forma superficial, el de la desaparición de estas grandes ciudades y el legado que conservaban en su interior. Por regla general, los autores suelen referirse al mismo de una manera genérica y abstracta, recurriendo

a los tópicos al uso: la crisis demográfica, las invasiones de los pueblos bárbaros, la crisis política y económica, etc. Pero no se suele entrar en las causas más importantes que propiciaron su degradación. Es interesante analizar este hecho para comprobar cómo, en muchos casos, fue la propia naturaleza, y no solo el afán destructivo de los hombres, quien llevó a cabo esa tarea. Hay algo muy curioso en este sentido, y es que la mayor parte de las ciudades entraron en crisis en la misma época y, su destrucción, o al menos la pérdida de su legado monumental, tuvo lugar casi al mismo tiempo en todas ellas.

Atenas fue la primera en experimentar la sacudida. En el año 267 d. C., los godos la saquearon de tal forma que ya nunca más se recuperó. Pero fue la labor destructiva de los terremotos entre el 522 y el 551, la que junto con inundaciones del río Eridano, causarían definitivamente el fin de la Atenas clásica.

Por el contrario, en Alejandría fue un suceso poco conocido, pero de un gran dramatismo. En el 365, un gigantesco maremoto sumergió a buena parte de la ciudad bajo las aguas del Mediterráneo, en cuyo fondo permanecen hasta hoy muchos de los edificios más significativos del mayor centro cultural del mundo en la antigüedad. Las luchas entre facciones religiosas entre el 391 y el 415 (que aparecen reflejadas por el director cinematográfico español Alejandro Amenábar en su película sobre Hipatia de Alejandría titulada *Ágora*) fueron la causa final de buena parte de sus monumentos, cuando fanáticos cristianos procedieron a la destrucción de su legado pagano.

Seleucia-Ctesifonte también desapareció bajo la acción de las aguas, pero en este caso no fue el mar, sino

Estado actual de la ciudad de Éfeso con el teatro en primer plano y la vía Arcadiana que conducía al puerto. Hoy día el mar se halla a cinco kilómetros de este lugar debido a los depósitos de sedimento del río Cayster.



el río Tigris cuyo caprichoso cauce invadió en el siglo v el espacio urbano de la ciudad y lo sepultó bajo varios metros de limo, arrastrando por otra parte cuanto encontró a su paso.

Roma experimentó también terremotos e inundaciones, pero en este caso sí fue la labor destructiva de los hombres la que llevó a la desaparición de la mayor urbe de toda la antigüedad. En el escaso lapso de tiempo que media entre los años 410 y 549, Roma sufrió cinco horribles saqueos, de los que tardó en recuperarse casi mil años. El abandono posterior y su transformación en la principal ciudad del cristianismo hicieron que se perdiera buena parte del extraordinario legado de la época imperial.

Éfeso también sufrió la furia destructora de los godos en el 262, dos terribles temblores en los años 358 y 368 y un imparable proceso de sedimentación de los limos del río Cayster que enterraron la ciudad a más de cuatro metros de profundidad e hicieron retroceder la costa más de cinco kilómetros cegando el puerto.

Antioquía, por último, fue quizás la que peor suerte tuvo. Tres terribles terremotos la sacudieron hasta sus cimientos entre el 526 y el 588, en los que se dice que murieron miles de personas. Entre medio de ellos, la conquista persa en el 538 acabó por destruir la que fue conocida en su tiempo como la Reina de Oriente, y es quizás la ciudad cuyo legado peor se ha conservado de todas, aunque posiblemente todavía quede mucho por descubrir bajo la actual Antakya, en donde la urbanización continúa la labor destructiva iniciada por las fuerzas tectónicas hace un milenio y medio.

En las páginas que vienen a continuación, intentaremos ofrecer al lector una panorámica de los principales acontecimientos que vivieron estas ciudades. Nos dedicaremos en especial a su historia urbana y demográfica, haciendo especial énfasis en el legado monumental que las caracterizó, pero también intentaremos dar algunas pinceladas de la vida política, económica y social de las mismas, aunque siempre en relación con la evolución urbana.

1

Las grandes aportaciones griegas al urbanismo. Atenas y la polis clásica: la ciudad monumental

En el centro de la región del Ática, en el territorio que conocemos como Grecia, se encuentra situada una meseta de unos trescientos metros de largo por ciento treinta y cinco de ancho, aproximadamente. Su altura máxima sobre el nivel del mar es de ciento cincuenta y seis metros, y el perímetro total de la superficie de esa planicie es de unos ochocientos metros. Ese promontorio elevado recibe, desde hace varios miles de años, el nombre de *acrópolis*, término que en lengua griega quiere decir ‘la ciudad alta’. Hubo acrópolis en muchas ciudades, pero la Acrópolis por excelencia es la ciudad alta de Atenas.

Si buscáramos el origen de nuestra cultura occidental, la respuesta más acertada nos llevaría probablemente

a ese lugar, la Acrópolis y, por extensión, a toda la ciudad de Atenas.

Allí, y en el territorio que la rodea, se produjeron, hace unos dos mil quinientos años, cambios y transformaciones que dieron lugar a lo que hoy denominamos la civilización occidental, que no es sino una herencia directa de la cultura clásica grecolatina.

La Acrópolis es hoy un espacio medio en ruinas, rodeado por una gran ciudad en la que viven varios millones de personas. Pero, en su momento de máximo esplendor, la ciudad era muy distinta a la que conocemos hoy. Como si de una triste y trágica rutina se tratara, muchos pueblos llegaron después y, por regla general, se empeñaron con ahínco en la tarea de derribar, destruir y hacer desaparecer los vestigios que aquella brillante civilización griega había creado.

Pero, con todo, esos monumentos eran de tal importancia que ni siquiera siglos de abandono, de incuria y de barbarie consiguieron hacer desaparecer lo que todavía muchas personas veneran como el origen de su cultura y de su civilización.

Hace unos cinco mil años, la Acrópolis empezó a ser habitada. En aquellos momentos, la civilización de la península balcánica se encontraba en la etapa cultural que los historiadores llaman los inicios de la Edad del Bronce, por ser este metal el más representativo de las armas y objetos que se fabricaban en aquel periodo. Aproximadamente en aquella época, empezaron a construirse en la cima de la meseta y en sus laderas, viviendas, pozos, tumbas y también alfares. La meseta estaba estratégicamente situada, ya que desde ella se

dominaba perfectamente la amplia llanura del Ática que la rodeaba.

Durante más de mil años, la vida cambió poco en este lugar. Pero hacia el año 1400 a. C. se estaba extendiendo por Grecia una civilización procedente del sur, de la península del Peloponeso, a la que, dado que era Micenas la ciudad desde la que se expandió, llamamos civilización micénica.

En su expansión hacia el norte, los micénicos llegaron al Ática, observaron el pequeño poblado que existía en aquella colina elevada y, conscientes de su importancia estratégica, decidieron ocuparla. Para los recién llegados era evidente que, en una sociedad guerrera como aquella, las elevaciones como la que tenían ante ellos, garantizaban la seguridad ante posibles invasores debido a la dificultad de acceso que ofrecían las zonas altas.

De esta manera, expulsaron probablemente a los antiguos habitantes que vivían en la Acrópolis, la fortificaron con una muralla con aparejo ciclópeo, esto es, de grandes bloques de piedra, y construyeron en su interior un edificio al que llamaron palacio, para que en él se asentara el gobernador o mandatario de las personas que allí se ubicaron.

LA POLIS ARCAICA

Durante un siglo y medio, las condiciones políticas en Grecia cambiaron poco, y el asentamiento existente en la Acrópolis se desarrolló sin especiales problemas.

A mediados del siglo XII a. C., la situación se complicó mucho más y los pueblos invasores se hicieron con el control de la Acrópolis. Expulsaron a los micénicos, cuya civilización estaba por entonces en crisis y pronto desaparecería. Poco después los jonios, otro de los pueblos invasores, rechazaron a su vez a los dorios y, a continuación, ocuparon también la Acrópolis.

Toda esta situación quedó reflejada siglos más tarde en una de las obras literarias más importantes que se escribieron en la antigua Grecia, la *Iliada*, cuyo autor fue el gran poeta Homero. Según la descripción que se hace del Ática en esta obra, Atenas, que era el nombre que ya se le aplicaba a la población en honor a su diosa de la sabiduría, protectora y patrona de la ciudad, era todavía un lugar de poca importancia, al igual que las tierras que la rodeaban, pero no obstante es la primera mención que conservamos sobre la aparición de la ciudad.

En este momento, y durante varios siglos, Atenas debió de ser un pequeño poblado sin apenas importancia que controlaba las tierras de su alrededor. En él, como en tantas otras polis, se inició una dinastía de reyes que duró algo más de un siglo.

A partir de mediados del siglo XI a. C., el poblamiento se iba consolidando en la ciudad. La población ya no solo ocupaba la Acrópolis, sino que se iba extendiendo por la base de la misma, en el sector llamado entonces Asty y que hoy conocemos como el Ágora. En este momento, las calles atenienses eran pequeñas y angostas. No existía ningún tipo de planificación urbana, y las viviendas que había eran pequeñas cabañas hechas con adobe.

El poblamiento seguía siendo aún muy reducido, aunque iba creciendo lentamente. Durante los siglos X y IX a. C., fueron apareciendo un conjunto de poblados agrícolas compuestos por granjas, caseríos y pequeñas aldeas por toda la zona del Ática. La cercana Acrópolis siempre podía ser utilizada como zona de refugio en caso de que la llanura fuese atacada por algún enemigo, algo que sucedió muchas veces a lo largo de la historia. Pero, posteriormente, cuando Atenas creció y fue imposible resguardar su población en el Ática, hubo que buscar nuevas formas de defenderse ante los diferentes ataques y destrucciones que sufrió la ciudad a lo largo del tiempo.

Sin embargo, hacia el siglo VIII a. C. la situación cambió. En Grecia comenzaron a producirse una serie de transformaciones que repercutieron también positivamente sobre la llanura del Ática, donde la población comenzó un proceso de fuerte crecimiento que duraría varios siglos. El comercio se incrementó, la población aumentó, e incluso fue necesario buscar nuevas tierras. Esto se llevó a cabo con el objetivo de que las personas que no podían subsistir en el Ática, debido al excedente de población, partieran hacia otras zonas alejadas que, sin embargo, fueran ricas y tuvieran poca población nativa. Se inició de esta forma el proceso que conocemos como la colonización griega del Mediterráneo.

Esta situación se produjo también en Atenas debido a un fuerte crecimiento demográfico, a partir del año 775 a. C. aproximadamente. La mejora de las técnicas agrícolas permitió en un principio abastecer a esta población creciente. De esta manera, no solo mejoró en lo económico, también en lo político aparecieron cam-

bios que condujeron paulatinamente a una unificación de todos los poblados que hasta entonces existían dispersos por el Ática.

Fue en este momento, en el periodo que denominamos arcaico, cuando empezó a construirse el Ágora en la zona que rodea a la Acrópolis. El ágora era el lugar de reunión pública que existía en todas las ciudades griegas importantes. En él tenía lugar el mercado público, pero también era el centro de la vida política y social, ya que en esta zona se fueron concentrando con el tiempo la mayoría de los edificios públicos y administrativos que hacían que la ciudad funcionase eficazmente. Será, por tanto, en este momento cuando aparezcan edificios como el *Bouleuterion*, o ‘sala del consejo de la ciudad’; los primeros pequeños santuarios dedicados a dos dioses: Zeus y Apolo; la *stoa* o ‘pórtico’ del Basileus o del Rey, donde se custodiaba también la antigua legislación de la ciudad; el Pritaneo, donde se reunían los senadores, aunque también era el edificio que se utilizaba como granero público, pues era allí donde se daban las comidas que el Estado ateniense ofrecía a sus ciudadanos más distinguidos; y, finalmente, también se construyó un primitivo tribunal.

Debido a todas estas construcciones, el Ágora ateniense se convirtió rápidamente en el centro de la vida de la ciudad. Con el tiempo, los romanos copiarán su utilización y lo trasladarán a todos sus dominios, aunque ellos le darán un nombre distinto: el foro.

El hecho de que en él se ubicase la plaza del mercado daba también al Ágora un importante carácter económico y no solo político. Talleres, tiendas, templos

y otros servicios se fueron instalando en el mismo. Mientras que la Acrópolis se convertía con el tiempo en el centro militar y religioso de la ciudad, el Ágora lo fue de la vida cívica y ciudadana.

LOS CIMIENTOS DE LA GRANDEZA ATENIENSE

En el siglo VII a. C., Atenas ya empezaba a convertirse en la gran ciudad que sería pocas centurias después. La economía seguía creciendo y la población lo hacía también al amparo de esta. Pero no todo era positivo para la ciudad. Con el aumento demográfico, la población agrícola también crecía en gran cantidad y, pese a que la emigración no había dejado de incrementarse, llegó un momento en el que la tierra disponible para el campesinado del Ática no era suficiente para dar trabajo a todos ellos. De esta forma, muchos campesinos empezaron a contraer deudas, y cuando estas se hicieron imposibles de pagar, apareció el terrible proceso que conocemos como esclavitud. Los deudores perdieron su libertad, y fueron sometidos de tal forma que perdieron su rango de hombres libres, pasando a servir a sus antiguos acreedores en forma de esclavos.

La civilización ateniense, que consiguió grandes logros que hoy día siguen asombrando a la humanidad, no fue capaz, sin embargo, de crear un sistema más justo y menos inhumano para la redención de las deudas. La brutalidad y la irracionalidad que suponía convertir a miles de hombres y mujeres en esclavos de otros, perdiendo todos sus derechos y quedando reducidos a la

mera categoría de objetos o de cosas, a efectos legales y jurídicos, es algo que hoy día nos sigue causando vergüenza. Algunos legisladores, como Dracón o Solón, intentaron promulgar leyes que evitaran esta situación, pero casi nunca lo consiguieron de forma eficaz. Es más, en el caso del primero de ellos, a pesar de ser considerado como uno de los grandes sabios de Grecia, las leyes que propuso eran tan duras y tan difíciles de cumplir que la expresión «leyes draconianas» la seguimos empleando cuando nos queremos referir a un castigo excesivamente duro y que pretende dar un severo escarmiento a quien ha infringido una determinada norma.

A mediados del siglo VI a. C. la situación comenzó a cambiar. El Ática se estaba especializando en la producción de vides y de olivos, y en la consiguiente exportación de vino y de aceite, mientras que, por el contrario, comenzó a importar trigo de las zonas costeras del mar Negro para alimentar a su hambrienta población. Esta nueva situación de la economía provocó una mayor especialización del campesinado y la llegada de trabajadores cualificados a la ciudad (artesanos, comerciantes, artistas, etc.), hecho auspiciado por el aumento del nivel de vida que experimentó la misma.

Por esta época subió al poder el primero de los tiranos atenienses, Pisístrato, cuyo gobierno se encaminó a la mejora cultural y económica de la ciudad. Es preciso aclarar que la palabra *tirano* no tenía en aquella época el mismo sentido peyorativo que le damos hoy, sino que era parecida a la que actualmente utilizamos como ‘rey’. En este contexto, Pisístrato inició una serie de obras que, con el tiempo, acabarían convirtiendo a Atenas en la ciu-

dad más culta del mundo gracias a sus artistas, escritores y científicos, así como en uno de los lugares más monumentales de la antigüedad.

Como ejemplo de las grandes obras de Pisístrato, se erigió el Hecatompedón, un templo de treinta metros de largo que se consideraría, a partir de entonces, modelo de los templos clásicos griegos, el primero de grandes dimensiones sobre la Acrópolis, que sustituyó a los primitivos santuarios allí existentes hasta entonces.

Pisístrato también ordenó construir un palacio-residencia en esta misma colina; comenzó las obras del gigantesco Olimpeion, o templo de Zeus Olímpico, que tardaría muchos siglos en ser concluido; erigió la primera fuente pública para dotar de agua fresca al sector norte del Ágora, la cual se canalizaba mediante un acueducto que se construyó para que abasteciera de agua a la sedienta ciudad; mandó que se reestructurara la explanada que existía hasta entonces en la pendiente de la colina ateniense denominada Colonos Agoraios, y finalmente inició la construcción del templo arcaico de Atenea dedicado a Atenea *Polias*, o Atenea ‘de la ciudad’, ya que se la consideraba la diosa que protegía a Atenas.

Sus hijos, Hiparco e Hípías, continuaron la labor de su padre y mantuvieron tanto el periodo de crecimiento económico, como la tarea de embellecer Atenas y dotarla de nuevos monumentos acordes con la importancia que iba tomando la ciudad. A ellos se les debe también el florecimiento cultural de la misma, pues con su mecenazgo sobre las artes y las letras atraieron también a numerosos poetas, dramaturgos, arquitectos, escultores, etc.

De esta forma erigieron una nueva fuente pública, esta en el lado sur del Ágora; el altar de los Doce Dioses, que sirvió a partir de aquel momento como punto de referencia desde donde se calculaban las distancias desde Atenas al resto de las ciudades, y ya a finales de su gobierno se inició también la construcción del templo de Afaia en Egina, en las proximidades de Atenas.

A finales del siglo VI a. C. subió al poder Clístenes. Su gobierno es muy importante para Atenas y casi podríamos decir que para el resto del mundo, pues fue Clístenes quien inició las reformas políticas que, poco tiempo después, darían lugar al surgimiento del primer sistema democrático que conocemos.

Quizás la democracia es, de todas las grandes aportaciones que legó la cultura griega (y en particular la ateniense) a la humanidad, la más importante de todas ellas. Su origen tuvo lugar en Atenas, y desde allí se irradló al resto del mundo, aunque en ese lento proceso hubo muchos altibajos y retrocesos, y todavía hoy hay pueblos que no han alcanzado el orden, la racionalidad y el sentido común que el pensamiento democrático y la libertad impulsaron entre los antiguos atenienses.

Clístenes no solo destacó por ser el primero en dar los pasos hacia lo que llamamos ‘el gobierno del pueblo’ (pues ese es el significado de las palabras griegas que dan origen a la palabra *democracia*), sino que además continuó la política de sus antecesores embelleciendo la ciudad y dotándola de monumentos cada vez más importantes y grandiosos.

Aunque su gobierno no duró mucho (510-507 a. C.), fue en su época cuando se llevó a cabo la primera gran

reforma del Ágora, con la realización de una serie de obras, entre ellas el levantamiento del pórtico de Zeus Eleuteros, un nuevo Bouleuterion y el edificio circular denominado Tholos. También continuó las lentas obras del Olimpeion, pero por esta época, hacia el año 500 a. C. solo se había construido el *estilóbato* o ‘plano superior en el que se debía asentar el futuro templo’, así como algunas de las majestuosas columnas del mismo.

Fue en este momento cuando comenzaron las obras para la construcción del templo de Delfos, situado en un lugar relativamente próximo a la ciudad y que tendría una gran influencia sobre la misma. Esto era debido a que la *sibila*, o ‘mujer que adivinaba el futuro’, tenía allí su sede, lo que permitió que los atenienses la consultaran repetidamente a lo largo de su historia, y lo que es más importante, hicieron por regla general caso a sus recomendaciones, lo que a veces fue decisivo para la propia Atenas.

ATENAS CAMINA HACIA SU EDAD DE ORO

En el siglo V a. C. tuvo lugar el apogeo de la ciudad, y estamos tentados de decir que también el de la civilización griega y, por extensión, el apogeo del mundo clásico, aunque esta última afirmación sea quizás discutible.

En esos cien años, Atenas brilló como muy pocas ciudades lo han hecho a lo largo de la historia. Y, al menos desde un punto de vista de su contribución a la cultura universal, no parece que haya ninguna otra que

Breve historia de las ciudades del mundo clásico



El estado de la Acrópolis en el año 500 a. C. Obsérvese cómo estaba en construcción el primitivo recinto del Partenón, que fue posteriormente destruido por los persas.

lo haya hecho con tanta brillantez y con tanta importancia, como lo hizo esta metrópolis durante la época del más grandioso de sus ciudadanos: Pericles.

El siglo comenzó con vientos de guerra. Las ciudades griegas del mar Egeo se habían rebelado contra el Imperio persa que las sojuzgaba, y Atenas tomó parte en esa lucha apoyándolas. Este hecho acabaría teniendo terribles consecuencias para su caserío y sus monumentos, pero sobre todo hizo que, al menos durante el primer cuarto de siglo, las obras y las actuaciones urbanas se paralizaran en gran medida debido a que el esfuerzo de la guerra canalizó las energías atenienses en otra dirección más urgente e importante.

Por este motivo, la política constructiva se dedicó a proporcionar a la ciudad sólidas defensas y las mejores fortificaciones posibles. En este sentido, los gobernantes de la época, encabezados por Temístocles, fueron conscientes de la necesidad de dotar a Atenas de un puerto seguro en el que se pudiera fondear la escuadra de la ciudad, puesto que esta armada era la base de su poder militar, ya que en tierra los atenienses tenían adversarios que los superaban claramente, como los persas o los espartanos.

Por eso, desde comienzos de siglo, los esfuerzos constructivos se centraron en la creación y fortificación de un buen puerto. El lugar elegido fue un promontorio rocoso en la costa cercana a Atenas, un lugar al que se le conocía como El Pireo. Allí se iniciaron las obras hacia el año 493 a. C. que se prolongarían durante varias décadas.

El Pireo fue construido por el que quizás fue el mayor urbanista de la antigüedad, Hipódamo de Mileto.

En el diseño del puerto aplicó su gran invención, el plano regular o cuadrículado, que también se conoce por su propio nombre, el plano hipodámico. Hipódamo levantó una acrópolis en la colina de la Muniquia, de ochenta y seis metros de altura, entre los puertos de El Pireo y del Falero, y rodeó todo el conjunto del puerto con una muralla para protegerlo.

En ese intervalo de tiempo, los atenienses tuvieron que hacer frente al primer ataque persa en el año 490 a. C., y de él salieron victoriosos al repeler al ejército que se dirigía hacia la ciudad, enfrentándose a sus enemigos en la famosa batalla de Maratón, en la que resultaron claramente vencedores. Se cuenta de esta batalla que tuvo lugar en la ciudad del mismo nombre, situada a algo más de cuarenta kilómetros al norte de Atenas, que los atenienses estaban esperando ansiosamente noticias del enfrentamiento. Si sus hombres resultaban derrotados, la población civil indefensa tendría que salir huyendo, pero esto lo harían después de prender fuego a la ciudad, para que, de esta forma, los persas solo encontrasen ruinas en ella cuando la conquistasen. Para evitar esta destrucción, nada más acabar la batalla, se le encargó al mejor corredor que había en el ejército ateniense, un tal Filípides, o Fidípides según otras fuentes, que fuera corriendo a la ciudad para contar la noticia e impedir tanto la huida de sus compatriotas, como, sobre todo, la destrucción de la urbe. Filípides corrió tanto que, cuando llegó exhausto a la ciudad, solo pudo decir «¡Victoria!», y, según esa narración, falleció a continuación debido al supremo esfuerzo realizado. En su honor se celebra hoy día la carrera de maratón, la más larga del

programa olímpico, que fue instituida en el mismo desde que se iniciaron los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna, en la propia Atenas, en el año 1896.

El triunfo ateniense fue seguido de un sentimiento generalizado de alegría en la ciudad, y esta se propuso agradecer convenientemente a sus dioses protectores por haber ayudado a defenderla y haberla protegido contra el enemigo persa. De esta forma, se procedió al derribo del primitivo templo períptero (rodeado de columnas) del Hecatompedón en la Acrópolis, y en su lugar se inició la construcción de un nuevo templo dedicado a la diosa *Atenea Partenos* ('Atenea la Virgen'), protectora de la ciudad, del que se deriva el nombre de *Partenón*, o 'templo de la Virgen'.

Pero la derrota persa solo había sido el comienzo de una larga lucha. El poderoso aunque distante Imperio persa no estaba derrotado por completo, sino que solamente había perdido un contingente de soldados relativamente pequeño. De esta forma, un nuevo rey persa, Jerjes I, decidió darle un severo escarmiento a la ciudad que se había atrevido a humillar al orgulloso imperio tras vencer a sus tropas. En circunstancias normales, Atenas habría sido rápidamente arrasada por los persas, al igual que le había sucedido anteriormente a otras ciudades griegas, pero esta vez la fortuna jugó a su favor. Los persas tuvieron que sofocar varias rebeliones que surgieron a la misma vez en su vasto imperio, a consecuencia de lo que algunos pueblos sometidos al yugo persa entendieron como una debilidad tras su derrota en Maratón. Por ello, Jerjes tuvo que pasar varios años

luchando contra estas rebeliones, antes de volver su ira contra los atenienses.

Estos eran conscientes de lo que se les venía encima, y empezaron a prepararse para el siguiente ataque persa. Con el fin de implicar al mayor número posible de ciudadanos en la lucha, Temístocles decidió reformar el sistema democrático, dándole mayor poder a la asamblea del pueblo de Atenas. De esta forma, los atenienses se sentirían más motivados aún en la defensa de su ciudad.

En el año 483 a. C., tuvo lugar un hecho imprevisto pero enormemente afortunado para Atenas. A pocos kilómetros de la ciudad, en una zona denominada Laurion, se descubrieron unas importantes minas de plata. Temístocles propuso que con la riqueza que se obtuviera de ellas, Atenas debería construir una importante flota para defenderse contra el previsible ataque persa. No fue fácil convencer al pueblo ateniense de que «su» plata se tenía que invertir en fabricar barcos de madera, pero finalmente se impuso la sensatez y la previsión de su líder, y se emprendió un ambicioso proyecto para poner en el mar nada menos que a doscientos trirremes. Esta decisión sería a la larga la salvación de la ciudad y le permitiría a Temístocles hacerse un lugar en la historia para la eternidad.

En el año 480 a. C., un formidable ejército persa, del que se decía, de forma bastante exagerada, que debía de constar de doscientos cincuenta mil hombres (pero sí probablemente de más de cien mil), se presentó en Grecia al mando de su soberano, Jerjes. Atenas estaba perdida, pero Temístocles había dispuesto un plan para salvar a sus habitantes. Se tenía que evacuar a toda la población a las



Vía de las Panateneas en el Ágora. El dibujo presenta una reconstrucción del espacio principal de Atenas.

islas cercanas, donde estaría protegida por la flota recién construida. Pero para ello, había que detener el avance persa hasta que diera tiempo a sacarlos de la ciudad. Para conseguir esto, trescientos espartanos a las órdenes de Leónidas, rey de Esparta, y varios miles de griegos más (beocios, tebanos...) se sacrificaron en el paso de las Termópilas, mientras le daba tiempo a la población del Ática a ponerse a resguardo. Su sacrificio no fue en vano. Cuando los persas acabaron con ellos y llegaron a Atenas, la ciudad había sido ya prácticamente abandonada.

Jerjes decidió vengarse, tanto de esta huida como de la anterior derrota del ejército persa, y ordenó que se saqueara la ciudad, en especial todas las construcciones del Ágora y de la Acrópolis, y que fuesen incendiados ambos lugares. También dio órdenes de saquear el tesoro

del santuario de Delfos, así como todo lo que se pudiese arrebatar a los escurridizos griegos. Mientras esta destrucción tenía lugar, la población ateniense se había refugiado en la isla de Salamina, protegida por su escuadra, y allí fueron a buscarla los barcos persas. El encuentro entre las flotas griega y persa se produjo en el golfo de entrada a la isla, y fue allí donde en el año 480 a. C. tuvo lugar una de las grandes batallas navales de la historia. El triunfo griego fue completo, y los barcos de la escuadra persa acabaron derrotados y hundidos o salieron huyendo para escapar del acoso griego.

Ahora los persas se encontraban aislados en medio del Ática, en una ciudad en ruinas y con los campos de los alrededores devastados, con lo cual difícilmente podían encontrar alimento para abastecer a tan alto número de soldados. Sus posibilidades de regresar a Persia habían desaparecido, ya que, carentes de flota y con el mar en manos atenienses, no era posible atravesar los estrechos que los separaban de su patria. Decidieron pues acampar cerca de la todavía humeante Atenas y tratar de pasar el invierno lo menos mal posible. Conocedores de esta circunstancia, los atenienses y el resto de los griegos decidieron atacarlos, ya que los persas se hallaban muy debilitados por las penurias sufridas durante el invierno pasado. Los atenienses y espartanos se enfrentaron con ellos en Platea, una ciudad cercana a Atenas, separada de ella por el río Asopo, y allí destruyeron a la mayor parte del ejército persa. Atenas se había salvado de los persas, y esta vez de forma definitiva.

Cuando los atenienses regresaron a su ciudad, la encontraron destruida y arrasada, pero su espíritu les llevó

a proponerse la reconstrucción inmediata de la misma, y de una manera mucho más rica y ostentosa de lo que hasta entonces había sido. Lo primero que hicieron para garantizar su seguridad fue construir unas nuevas murallas, si cabe más poderosas que las anteriores, de manera que ningún ejército los volviera a sorprender prácticamente desguarnecidos. Estas nuevas murallas poseían trece puertas, y su perímetro no sería sobrepasado por el crecimiento urbano hasta seis siglos después, ya en la época del emperador romano Adriano. Por otra parte, en el 476 a. C. el puerto de El Pireo estaba ya prácticamente acabado en sus aspectos principales. La escuadra ateniense dispondría en él de una base fundamental en la que resguardarse y esperar a su entrada en acción.

Se emprendió también una política urbana de embellecimiento de la ciudad, y pronto se dispuso la creación de parques y de edificios destinados al uso público: el Teseion, en el lado oeste del Ágora, al pie de la Acrópolis; un nuevo Tholos, donde albergar a los *pritanos* o ‘magistrados’, y también dos muros largos de unos seis o siete kilómetros, uno hacia Falero, al norte, y otro más importante hacia El Pireo, hacia el sur. Este último era la clave de todo el sistema defensivo.

El levantamiento de los Muros Largos, o las Largas Murallas, tuvo lugar entre los años 475 y 457 a. C., y cuando estuvieron terminados la ciudad se encontró rodeada de un doble muro de unos siete kilómetros de largo y con un espacio interior de ciento sesenta y siete metros de ancho que protegía la vía de comunicación desde Atenas hasta El Pireo. De esta forma, se pensaba que se podría abastecer a Atenas mediante los alimentos que su flota

desembarcara en el puerto y que se podrían hacer llegar hasta la ciudad. Así, esta podría soportar largos asedios sin tener que volver a evacuar a su población nunca más.

EL ESPLENDOR ATENIENSE EN LA ÉPOCA DE PERICLES

Por aquel entonces, Temístocles había dejado de ser el máximo dirigente de Atenas, pues había sido condenado al ostracismo, es decir al exilio, ya que los griegos para decidir quién debía ser expulsado de la ciudad escribían el nombre de la persona en trozos de cerámica a los que denominaban *ostraka*. Unos años después, alcanzó el poder el líder del partido democrático, Pericles. Durante su periodo de gobierno, entre el año 461 y el 429 a. C., Atenas alcanzó el momento culminante de su grandeza, hasta el punto de que se suele denominar a esta etapa el siglo de Pericles.

Pocas veces en la historia una ciudad se ha encontrado en su seno con tal pléyade de figuras relacionadas con todos los ámbitos de la cultura, como ocurrió con la Atenas de este periodo. Fue una etapa dorada que rara vez volvería a tener parangón posteriormente, si es que alguna vez ha existido algún caso similar.

Pericles inició su gobierno con dos decisiones muy diferentes, pero muy importantes para la posterior historia de Occidente. Por una parte, decidió que para que todo el mundo pudiera tener acceso a los cargos públicos, incluso los hombres libres entre los atenienses más pobres, era necesario pagar un salario a los políticos, ya

que, si no recibían una compensación económica, solo aquellos que tuvieran suficiente dinero podían dejar sus actividades habituales para participar en la tarea del gobierno de la ciudad. A Pericles se le tiene comúnmente, a raíz de esta decisión, por el padre de la democracia, aunque en realidad no es del todo cierta esa afirmación, puesto que hacía ya medio siglo que este sistema político imperaba en Atenas; ahora bien, él lo dotó de la necesaria base popular que requiere todo auténtico sistema democrático, aunque sentara también un precedente singular al proponer aquel pago económico a quienes se encargaran del gobierno ciudadano.

En segundo lugar, Pericles tomó una decisión bastante discutible, pero que a la larga permitiría la construcción de algunas de las obras de arte más brillantes de todos los tiempos: decidió que el tesoro de Delos no se custodiase en aquella isla, donde estaba muy expuesto a los ataques de los piratas, sino en la propia Atenas.

Tras la derrota de los persas, Atenas había propuesto crear una especie de confederación o liga de ciudades griegas bajo su hegemonía que se reunían periódicamente en Delos y que, tras aportar una parte de sus riquezas para el mantenimiento de la liga, el tesoro resultante que se acumulaba con estas donaciones se custodiaba en el santuario de dicha isla. Pericles consideró que el dinero estaría mejor guardado en Atenas, y ordenó que se sacara de Delos y se llevara a su ciudad. Pero la riqueza acumulada en el santuario era tan enorme que Pericles no pudo resistir la tentación de emplearla para embellecer la urbe. Ya que los persas habían destruido Atenas, y esta los había derrotado, ¿por qué no utilizar el dinero de todos los grie-



Dibujo que muestra una reconstrucción del Partenón en su momento de máximo esplendor en el siglo V a. C.

gos para construir una capital digna de su nación? Fue una decisión arbitraria y sin duda injusta, pero permitió que a las generaciones posteriores les fueran legadas unas obras de arte de una categoría como muy pocas veces se han elaborado a lo largo de toda la historia.

Con dinero, imaginación, deseos de cambiar su ciudad y en paz, Pericles se dispuso a acometer obras de una envergadura como hasta entonces no se habían conocido. Se inició esta política edilicia con el templo de Hefestión, en el Ágora. A la misma vez, el Bouleuterion era transformado en archivo y templo de la diosa madre o Metroon. También se inició la construcción del templo de Hefaios. Pero, a partir de 447 a. C., esas pequeñas transformaciones se multiplicaron con la remodelación del conjunto de la Acrópolis.



Reconstrucción actual de la estatua crisoelefantina de Palas Atenea del Partenón. Se encuentra en la ciudad estadounidense de Nashville.

Pericles encargó al arquitecto Ictinio la construcción de un nuevo templo dedicado a Palas Atenea que sustituyera al que existía hasta entonces. Es el Partenón que hoy día conocemos, aunque actualmente y desde hace siglos se halle en ruinas. Ictinio, junto con Calícrates, ambos arquitectos, levantaron en quince años un enorme templo de mármol de unos setenta metros de largo por treinta de ancho. El encargado de esculpir las estatuas fue el escultor griego más grande de toda la historia, y uno de los más grandes de todos los tiempos: Fidias.

Mientras esta magna obra se llevaba a cabo, Pericles ampliaba sus actuaciones urbanas por toda Atenas e incluso fuera de ella, como ocurrió con el templo dórico del cabo Sunión que habían destruido los persas.

Entre estas obras destacan los *propileos* o ‘puertas monumentales para acceder a la Acrópolis’; el odeón para espectáculos musicales, el pórtico de Zeus Eleutheros, en mármol y toba, con ochenta metros de longitud; el Erecteion; el templo de Atenea Niké; el Asklepion; el teatro de Dionisos; y el templo de mármol de Ares, dios de la guerra. También se restauró el Ágora, en donde se construyeron el pórtico del sur, el pórtico real, la *stoa* Poikilé y el pórtico de Hermes; y, sobre todo, se realizó la vía Sagrada, en la parte central del Ágora, encargada al arquitecto Mnesicles, que la amplió entre los años 435 y 432 a. C.

Entre los años 438 y 436 a. C., Fidias realizaba la gran estatua crisoelefantina de Palas Atenea (de marfil y con cien kilos de oro, aunque hay historiadores que elevan esta cantidad a cuarenta y cuatro talentos de peso, que equivalen a mil ciento cuarenta kilos de oro, o lo que es lo mismo, el coste que supondría construir una flota de doscientos treinta trirremes, más de setecientos talentos de la época), que se ubicó dentro del Partenón y alcanzaba una altura de doce metros.

No solo fueron las grandes construcciones de edificios públicos las que le dieron grandeza a Atenas, sino que la propia ciudad experimentó también un considerable crecimiento urbano y demográfico. De esta forma, se expandió el barrio del Pnyx, en el que se hacinaban viviendas de todo tipo, en medio de unas calles angostas e irregulares. Estas calles eran en realidad estrechos pasadizos sinuosos y sin pavimentar. En ellas solía haber bastante suciedad, ya que el saneamiento, que se realizaba mediante sumideros en los desagües que iban a





Reconstrucción del conjunto monumental de la Acrópolis tal y como debió de ser aproximadamente hacia el siglo V a. C.

parar finalmente a las cloacas, era bastante deficiente. Esta situación representaba un claro contraste con la gran belleza de las obras de arte que se llevaban a cabo en la Acrópolis y sus alrededores.

La mayoría de las casas privadas atenienses de esta época eran construcciones pequeñas e irregulares, con pisos de tierra. Se encontraban agrupadas alrededor de patios. En estos solía haber un pozo del que se abastecían sus habitantes. O también podían hacerlo del agua de lluvia cuando no era posible localizar el agua subterránea mediante pozos.

A partir del siglo VI a. C., no se permitieron más enterramientos dentro de la ciudad. Por ese motivo, se ubicó una necrópolis en el barrio extramuros del *Kerameikos* o del ‘Cerámico’, donde se localizaban los talleres de la mayor parte de este tipo de artesanos. También se construyeron numerosas tumbas alrededor de las vías de acceso a la ciudad.

La Atenas de Pericles no solo destacó por sus monumentos y su urbanismo, sino sobre todo por el gran número de personalidades de todo tipo relacionadas con la cultura y con la ciencia. En este sentido, como ya hemos dejado sentado, la ciudad no ha tenido parangón probablemente en toda la historia con ninguna otra.

Además de los mencionados Ictinio, Calícrates, Mnesicles, Hipódamo o Fidias, escritores como Esquilo, Sófocles o Eurípides vivieron en la ciudad en aquellos prodigiosos tiempos. También lo hicieron los filósofos Sócrates y Protágoras; historiadores como Heródoto y Tucídides; científicos de la talla de Anaxágoras, Leucipo o Demócrito; médicos como Hipócrates,

y una larga lista que no es posible enumerar aquí en su totalidad.

Los florecimientos del arte, la ciencia y la cultura en general, así como la propia riqueza no podían ir sino unidos a un crecimiento demográfico que es difícil de establecer con precisión. Hacia el año 430 a. C., que es cuando probablemente Atenas y la región del Ática alcanzaron su máximo nivel demográfico, la población de la región que rodeaba a la ciudad, y que alcanzaba el nada despreciable territorio de dos mil seiscientos kilómetros cuadrados, podía estar habitada por un total de más de medio millón de personas.

Es difícil saber cuánta de esta población vivía dentro de los muros de Atenas. Los cálculos son muy dispares, y fluctúan entre ciento cincuenta mil y doscientas cincuenta mil personas. Conocemos con cierta precisión el número de ciudadanos libres en su momento de máximo esplendor, unos cuarenta y cinco mil hombres entre dieciocho y sesenta y un años que podían servir en el ejército, y unos veinte mil *metecos* o ‘extranjeros’. A estos se podrían unir sus familiares y también los esclavos. Pero no es posible calcular su número exacto. De ahí que cualquier estimación esté condenada a tener una escasa fiabilidad.

Sin duda Atenas se encontraba en esta etapa en su momento de máximo apogeo, pero incluso los más brillantes periodos tienen su punto culminante y su crisis. En el caso ateniense esta llegó por dos motivos. En primer lugar, porque en el año 431 a. C. la barbarie de la guerra regresó a Grecia, y en este caso no se trató de un enemigo exterior, sino que fueron los propios griegos los

que iniciaron un largo y duro enfrentamiento al que conocemos como guerra del Peloponeso. Durante casi veintiocho años, atenienses y espartanos se enfrentaron en una larga y destructora lucha sin cuartel, que acabó condenándolos a ambos a la decadencia.

Como consecuencia de los desastres de la guerra y de las privaciones que los atenienses tuvieron que sufrir encerrados tras los Largos Muros, al año siguiente de estallar aquella apareció una nueva catástrofe aún mayor. Se trató de algún tipo de epidemia a la que se ha conocido como peste, aunque los investigadores que la han estudiado están convencidos de que debió de ser alguna otra clase de enfermedad diferente. Fuera lo que fuera, la «peste» devastó a Atenas y durante los tres años que duró se llevó a la tumba a más del 20% de su población, entre otros a su gran líder Pericles.

A pesar de tanto desastre, las obras monumentales, aunque se redujeron considerablemente, no desaparecieron del todo. En pleno enfrentamiento bélico se acabó de construir el templo de Atenea Niké o Victoriosa, el pórtico de las Cariátides sobre la tumba del mítico rey Cecrops, el santuario de Dionisio Eleutheros, el dedicado a Asclepios, el estilóbato o gigantomaquia de la Acrópolis, la balaustrada de mármol de los Propileos, y se finalizó también el templo del Erecteion con sus Cariátides.

Y no deja de resultar sorprendente que todo esto se pudiera levantar a pesar del terrible esfuerzo bélico al que estaban sometidos los atenienses. La ciudad estaba completamente arruinada, los tributos que sus gobernantes tuvieron que imponer a la sufrida población para

costear los gastos de la guerra eran elevadísimos. En el 406 a. C., cuando los acontecimientos bélicos habían situado a Atenas al borde del colapso y de la derrota total, se recurrió a una solución desesperada, fundir los ornamentos de oro y de plata de la Acrópolis para construir una nueva y última flota, cuyo concurso de nada sirvió, pues la guerra ya estaba finalizando con la completa derrota de los atenienses.

Dos años después, Atenas se rindió a Esparta. La ciudad jamás volvería a recuperarse de la tragedia vivida. Nunca volvería a ser considerada una ciudad grande, aunque eso sí, seguiría viviendo de su prestigio y de su pérdida grandeza durante muchos siglos, y de alguna forma, aún lo continúa haciendo hoy día.

EL LENTO LANGUIDECIMIENTO DE UNA POLIS

Hacia el año 400 a. C., Atenas aún contaba con unas diez mil viviendas según el historiador Jenofonte. En ellas debían de vivir algo menos de cien mil personas, y es que la ciudad había perdido más de la mitad de su población a causa de la guerra y de las epidemias. Los espartanos decidieron castigarla todavía más, obligando a que los Largos Muros que la protegían fuesen completamente demolidos para que ningún ateniense pudiera refugiarse nunca más detrás de ellos. Aun así la paz trajo, como es lógico, sus ventajas. Los atenienses, a pesar de la derrota, no habían perdido las ganas de vivir. De esta forma, pocos años después del final de la guerra, se inició la construcción en piedra de un nuevo teatro, el de Dionisio, en

sustitución del que existía hasta entonces. También se construyó el *Argirokopeion*, o Casa de la Moneda.

Por esta época, a principios del siglo IV a. C., el filósofo Platón adquirió unos terrenos que poseía un tal *Akademós* a un kilómetro de Atenas. Allí fundó la que sería una de las escuelas filosóficas más importantes de la antigüedad, y a la que conocemos con el fundacional nombre de la Academia. Nombre que, por extensión, se ha dado posteriormente a muchas instituciones relacionadas con el saber y con la cultura. Medio siglo más tarde, en el 336 a. C., era otro filósofo, Aristóteles, el que fundaba una nueva escuela de filosofía, el Liceo, cuyo nombre proviene de que el edificio se ubicaba muy cerca del templo de Apolo *Lykeios*, es decir, Apolo 'el Matador de Lobos'.

Sin embargo, la atonía constructiva y urbana dominó a la ciudad durante la mayor parte de este siglo. Solo en el último tercio del mismo, se emprendieron algunas construcciones dignas de mención. Por ejemplo, la reparación y el reforzamiento de algunas de sus fortificaciones, como los Muros Largos o la puerta del *Dipylon*. Los espartanos habían sido también derrotados, y los atenienses aprovecharon su debilidad para preparar a la ciudad para nuevas guerras, en este caso contra un enemigo procedente del norte: los macedonios.

En este periodo que va desde el año 340 a. C., aproximadamente, hasta el 319 a. C., Atenas, al hilo del expansionismo griego por Oriente con el macedonio Alejandro Magno, aprovechó la coyuntura para reemprender temporalmente su programa de reformas y de construcciones urbanas.

Así se erigió la Linterna de Lisícrates, que aún se conserva en el barrio de Plaka, para conmemorar el triunfo de este autor dramático en las fiestas dionisiacas. Se construyó en el Ágora la *stoa* de Licurgo, sobre un antiguo templo de Pisístrato. Finalizó la construcción del teatro de Dionisio, que se había iniciado más de medio siglo antes, y que llegó a tener una capacidad máxima de nada menos que diecisiete mil espectadores. También se remodeló la calle de los Trípodes y se construyó el templete jónico del santuario del templo de Apolo Patroos. Pero, sobre todo, Licurgo llevó a cabo la construcción del primitivo estadio olímpico Panatenaiko, en el que veintidós siglos después se celebrarían los primeros Juegos Olímpicos de la historia moderna. Finalmente, se erigió en una cueva de la Acrópolis el monumento corégico a Trasilo.

El hecho de que Atenas y su gran orador Demóstenes tomaran parte en la oposición contra el gran conquistador que fue Alejandro Magno, implicó una nueva desgracia para la ciudad. Tras la muerte del mismo, los atenienses decidieron rebelarse contra los herederos del soberano macedonio, pero uno de ellos, el general Antípatro, destruyó definitivamente la flota ateniense un año después de la muerte del gran macedonio. Atenas nunca recuperó su grandeza en el mar, como un siglo antes la había perdido en tierra.

El siglo III a. C. traería nuevas desgracias a la ciudad. Los galos penetraron en el Ática y sometieron a saqueo tanto el santuario de Delfos como la región circundante. Paradójicamente, pocos años antes se había construido en Atenas una fortaleza en la cima de la

colina de las Musas con el objeto de favorecer su defensa. En cualquier caso, no se trató de un saqueo particularmente destructivo como el que habían cometido los persas dos siglos antes.

En este contexto, y para pagar las deudas que había contraído con los soldados que defendían la ciudad, en el año 295 a. C., un gobernante local llamado Lacares decidió fundir el oro que cubría la estatua de Atenea Parthenos, sustituyendo el metal por un baño dorado de bronce. Esto no dejaba de ser otro símbolo evidente de la decadencia ateniense.

Atenas continuó vegetando durante un largo tiempo sin apenas sufrir nuevas tragedias, pero también sin intervenir en la vida política, económica o cultural de su tiempo. Sin embargo, su grandeza y su prestigio histórico continuaban intactos, y esto tuvo una gran importancia en el siglo II antes de nuestra era, ya que una serie de soberanos de otras tierras adoptaron la curiosa costumbre de regalarle importantes monumentos y edificios para que su nombre quedase ligado al de la gran ciudad de Pericles. Fue un extraño caso de generosidad interesada, como no se ha dado muchas veces en la historia.

El primero en inaugurar esta costumbre fue el rey Eumenes de Pérgamo, que ordenó construir un enorme pórtico de ciento sesenta y tres metros de largo en el año 197 a. C. para unir el teatro de Dionisio con el lugar donde se encontraba el odeón de Pericles. Dos décadas después, el propio Eumenes mandó construir un monumento, que hoy día se conoce como el «monumento de Agripa», rematado en su parte superior por una cuadriga.

En este contexto de recuperación de la ciudad, se iniciaron de nuevo las paralizadas obras del Olimpeion o templo de Zeus Olímpico.

A mediados del siglo II a. C., y bajo el control de los nuevos conquistadores romanos que se habían adueñado de Grecia por aquella época, la actividad constructiva volvía a ser importante en Atenas y la ciudad comenzaba a expandirse por segunda vez bajo el auspicio de la llamada *Pax romana*. Y es que a Roma la habían proclamado capital de la provincia que acababa de crear en Grecia, hecho que la favoreció enormemente.

Es el momento de la creación de la *stoa* de Átalo II de Pérgamo, en el sector oriental de la Acrópolis, para que sirviera de paseo de los atenienses y para que en ella se ubicasen comercios. Se trataba de un enorme edificio para el mercado público con ciento doce metros de largo por veinte de ancho. Se construyeron también los gimnasios de Diógenes y de Ptolomeo y un pórtico más en el Ágora. El prestigio cultural de la ciudad seguía atrayendo a monarcas generosos y deseosos de dejar su impronta en la urbe, para que, de esa forma, su nombre quedara ligado a la misma.

La recuperación de Atenas hubiera seguido su lento camino, de no ser porque la ciudad tomó una decisión desgraciada que a la larga le costaría muy cara. En el contexto de las guerras que los romanos sostenían contra Mitrídates VI, rey del Ponto (reino ubicado en lo que hoy es el noreste de Turquía), los atenienses decidieron aprovechar la ocasión para rebelarse contra sus nuevos amos y ponerse de parte de los enemigos de Roma. Cuando los romanos derrotaron a estos últimos, sus

deseos de venganza no se hicieron esperar y sometieron a la ciudad a un cruel y despiadado castigo.

En el año 86 a. C., las tropas del general romano Sila entraron en Atenas y practicaron en la misma un salvaje pillaje por haber apoyado a Mitrídates. Las destrucciones fueron terribles: desaparecieron los bosques sagrados, se incendiaron numerosos edificios públicos, sobre todo los del lado sur del Ágora, que desaparecieron, fue destruido el odeón de Pericles, las murallas se derruyeron sistemáticamente, las estatuas acabaron derribadas de sus pedestales, y muchas obras de arte fueron saqueadas y llevadas a Roma como botín de guerra. La necrópolis del barrio del Cerámico fue abandonada, pues tal fue la devastación a la que la sometieron los romanos que incluso los cementerios se resintieron de la furia vengativa de los soldados de Sila.

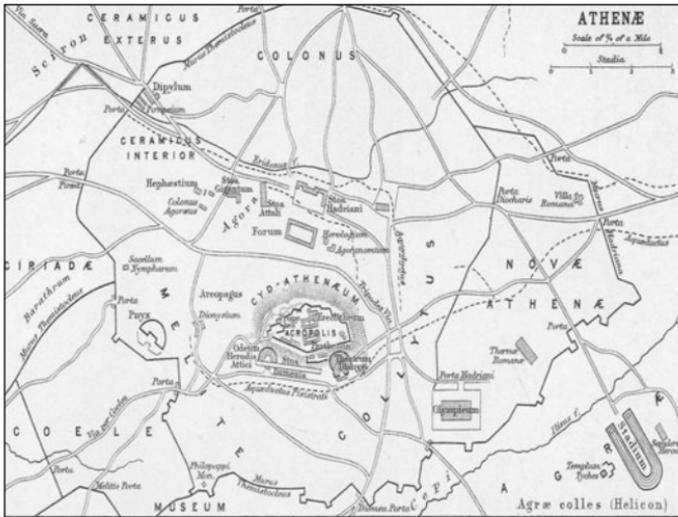
Cuando la tragedia acabó, Atenas se hallaba totalmente postrada, vencida y humillada. Buena parte de la ciudad permaneció en ruinas durante mucho tiempo, y sus habitantes jamás volverían a tomar una decisión política importante hasta casi dos mil años más tarde.

No obstante, como en otros casos (Cartago o Jerusalén, por ejemplo), los romanos decidieron que no se debía mantener el castigo durante tanto tiempo, y más a una ciudad como Atenas, que había sido uno de los grandes faros de la cultura del mundo de su tiempo. Por eso, décadas después, permitieron que la ciudad empezara a reconstruirse y a recuperarse, una vez que se les había pasado el afán de venganza que los había llevado casi a su destrucción.

En la segunda mitad del siglo I a. C. empezaron a realizarse algunas obras tendentes a la recuperación de lo destruido. El odeón de Pericles comenzó de nuevo a ser reconstruido. A la misma vez se inició el levantamiento de uno de los monumentos más curiosos que aún se recuerdan de la antigüedad, la denominada Torre de los Vientos, de planta octogonal, en cuyo interior se colocó un reloj de agua atribuido a Andrónico, además de otros sistemas de estudio del tiempo atmosférico.

Esta nueva etapa de prosperidad llegaría con uno de los más grandes políticos de todos los tiempos, Augusto. Durante el casi medio siglo en el que estuvo al frente del Imperio (27 a. C. - 14 d. C.), el primer emperador centró buena parte de sus esfuerzos en recuperar la grandeza perdida por la capital griega. Al principio de su periodo como gobernante, Atenas aún había sido descrita por Estrabón, uno de los grandes geógrafos griegos de la antigüedad, como una ciudad arruinada y casi despoblada; sin embargo, a la muerte de Augusto en el año 14 de nuestra era, la situación había empezado a cambiar considerablemente.

Augusto inició un programa de reconstrucciones de edificios públicos y religiosos que comprendió, entre otros, los siguientes: el odeón de Agripa, una enorme sala de espectáculos con capacidad para quince mil personas; el templo circular de Roma y Augusto, bajo un gran zócalo en la fachada este del Partenón; la restauración del Ágora, con un nuevo gran pórtico de mármol que se había proyectado en la época de César; la construcción de un enorme mercado de ciento doce por noventa y seis metros; junto a él se acabó la obra de la



Plano de Atenas durante la dominación romana.

Torre de los Vientos, a la que se dotó también de una veleta y de un reloj solar; se reconstruyó la zona oeste de la *stoa* de Átalo, el templo de Ceres, y ya, en una decisión mucho más popular, dotó a la ciudad de numerosos urinarios públicos con el objeto de mejorar la sanidad de la misma.

Tras la muerte de Augusto, un nuevo periodo de atonía constructiva se apoderó de Atenas. Las nuevas construcciones se estancaron y durante casi un siglo apenas sí se llevaron a la práctica nuevas intervenciones urbanas. Parece como si el empuje dado por Augusto hubiera bastado para sacar a la ciudad de su letargo, y esta fuera incapaz de seguir con la línea trazada por el gran emperador. En todo este largo periodo de estancamiento, solo cabe mencionar la presencia en la ciudad

del primer emperador que la visitó. Se trataba de Nerón, quien tomó parte en uno de los certámenes musicales que tuvieron lugar por aquella época en el teatro de Dionisio. El propio Nerón también participó en los Juegos Olímpicos, conduciendo un carro en una de las carreras que tuvieron lugar en el año 66.

LA VISITA DEL EMPERADOR ADRIANO, EL ÚLTIMO RESURGIR DE LA GRANDEZA CLÁSICA

Durante el siglo II d. C., un nuevo impulso constructivo volvió a hacer de Atenas una ciudad importante en el mundo de su tiempo. El primero en dar pie a esta nueva etapa fue el emperador Trajano, que ordenó construir una biblioteca a la que se dio el nombre de Panteno o Pantanios. Era un gran edificio con un pórtico de setenta metros, en el que se ubicaron numerosas tiendas. También en su época se erigió el monumento honorario y sepulcral de Filopapo, en la colina de las Musas.

Lo que Trajano había iniciado lo llevó a su culmen su sucesor, el emperador Adriano. Hombre de una gran cultura que se dedicó a viajar por todo el Imperio y centró sus esfuerzos en reconstruir la grandeza perdida de muchas ciudades que en aquel momento habían pasado su momento de esplendor y se encontraban en decadencia, como sucedía con el caso de Atenas.

Adriano ordenó iniciar un ambicioso programa reconstructivo en la ciudad griega con el objeto de, si no devolverle todo el esplendor perdido, al menos evitar su ruina y decadencia en la que llevaba ya sumida varios

siglos. Este apoyo a Atenas permitió que esta volviera a recuperarse también demográficamente. En este momento, durante la primera mitad del siglo II d. C., la ciudad se extendió hacia el este, alrededor del enorme complejo del Olimpeion, superando con el nuevo barrio los límites que habían fijado seis siglos antes los primitivos muros de Temístocles. Esto obligó a que el propio Adriano decidiera ampliar los antiguos límites del recinto amurallado, para que estos nuevos barrios quedaran englobados dentro del espacio intramuros de la ciudad.

Adriano visitó Atenas en el año 127, y esta estancia fue providencial para la urbe, puesto que el emperador, enamorado totalmente de la cultura griega, decidió hacer de ella de nuevo el centro del saber de su tiempo. Lástima que le quedaba poco tiempo de vida, porque sus construcciones, en tan escaso periodo cronológico, no dejan de asombrar por la importancia que tuvieron. Sus proyectos fueron megalómanos, ciertamente, pero todavía resultan admirables por su grandeza. Decidió construir una nueva biblioteca que superara a la de su antecesor. Esta biblioteca, que llevaría su propio nombre, era un edificio gigantesco de ciento veintidós metros de largo por ochenta y dos de ancho, con un enorme patio interior en el centro del cual había un gran estanque. A este espacio interno se abrían las salas de lectura laterales, en las que los lectores e investigadores podían trabajar con los miles de pergaminos allí almacenados. El edificio fue construido con la mayor riqueza posible, el patio estaba rodeado por cien grandes columnas de alabastro, que a su vez sostenían cuatro pórticos en cada uno de sus lados.

Adriano decidió también poner fin a las inacabables obras del enorme templo del Olimpeion. Cuando finalizó su construcción, la ciudad se encontró con un impresionante períbolo, o espacio que lo rodeaba, de doscientos seis metros de largo por ciento veintinueve de ancho. Pocos templos del mundo antiguo llegaron a tener la grandeza de la gigantesca obra «adrianea» en Atenas. Adriano también ordenó construir un ninfeo circular en el Ágora, una basílica judicial, un arco que llevara asimismo su nombre, un gimnasio; mejoró la red de canalizaciones, construyó un nuevo acueducto que estuvo abasteciendo de agua a la ciudad hasta bien entrado el siglo XX, levantó un puente sobre el río Ilisos y ordenó la construcción de los pórticos de los Tritones y de los Gigantes.

Su sucesor, Antonino Pío, siguió la estela de Adriano en cuanto al embellecimiento de la ciudad, y para ello contó con la inestimable ayuda de un acaudalado ciudadano ateniense que protagonizó grandes inversiones en las nuevas construcciones que se estaban llevando a cabo en Atenas. Se trataba de Herodes Ático, que en realidad lo que hizo fue completar el ambicioso programa reestructivo iniciado por Adriano en la etapa anterior. Herodes Ático construyó un nuevo estadio Panatenaikos, al que recubrió con mármol del Pentélico. También impulsó la construcción de un amplio odeón de treinta y ocho metros de diámetro en la ladera de la Acrópolis, en uno de los extremos del pórtico de Eumenes, con capacidad para cinco mil espectadores. Mandó levantar un pequeño estadio en la orilla izquierda del río Alisios, finalizando las obras que se habían iniciado en tiempos de Adriano con la construcción de un puente que

unificaba este barrio con el resto de la ciudad, creando así un único complejo urbano ateniense.

Hacia el año 160, todas estas obras estaban prácticamente concluidas. Atenas no había vuelto a ser la de la época de Pericles, nunca lo volvió a ser, pero, sin embargo, gracias al afán constructivo principalmente de Augusto y de Adriano la ciudad había recuperado parte de su antigua grandeza. No es de extrañar, pues, que cuando por estas fechas el escritor Pausanias visitó la Acrópolis, la describiera como una llanura llena por entero de estatuas votivas y de grandes monumentos.

LA DECADENCIA Y DESTRUCCIÓN DE UNA POLIS CLÁSICA

Pero a partir de este periodo, Atenas volvió a entrar en otra de sus habituales etapas de estancamiento y marasmo. Durante casi un siglo, la ciudad desempeñó un discreto papel en el contexto del mundo mediterráneo. En todas partes se destacaba su pasada gloria, pero Atenas no volvería a aportar ya nada importante al mundo de su tiempo, ni en lo político, ni en lo cultural, ni siquiera en lo artístico. Y, para colmo de males, los tiempos estaban cambiando a peor. El Imperio romano estaba perdiendo su fuerza de antaño, y todos los territorios bajo su control se estaban resintiendo de esta nueva situación. Y Atenas fue, lamentablemente, una de los lugares más perjudicados por esa decadencia.

Los pueblos bárbaros iniciaron sus correrías por todas las partes del Imperio, y pusieron sus ojos en la



Estos son los únicos restos que quedan actualmente en pie de lo que debió de ser el majestuoso conjunto del Olimpeion.

península de los Balcanes, que incluye las tierras griegas, y como no, Atenas fue uno de sus primeros objetivos. Previendo la forma en la que podía degenerar esta situación, el emperador Valeriano dio la orden, a mediados del siglo III, de dismantelar la muralla del Olimpeion, que por entonces acababa de cumplir un siglo de existencia, e hizo que con ella se construyeran nuevas fortificaciones, utilizándola como material de relleno para las mismas. Desgraciadamente, este nuevo recinto amurallado sirvió para poco. Las defensas de Atenas estaban prácticamente desguarnecidas desde el saqueo de Sila, y las obras emprendidas por Adriano apenas sí las habían mejorado. Tampoco eran realmente necesarias en aquella época. Pero sí en esta. Y la nueva

obra no llegó a tiempo de cumplir su cometido, pues su tamaño y su altura eran muy reducidos.

El primer aviso llegó en el año 262. Los godos saquearon e incendiaron uno de los mayores templos de Grecia, considerado como una de las siete grandes maravillas del mundo antiguo, el Artemision en Éfeso. A raíz de este suceso, las obras defensivas se aceleraron en Atenas. Pero de nada sirvieron. Cinco años después, en el 267, la catástrofe se abatió sobre la ciudad. Los hérulos, uno de los grupos tribales de los pueblos bárbaros que estaban terminando de provocar el definitivo colapso del Imperio romano, superaron con facilidad el recinto amurallado y cayeron sobre la ciudad, a la que sometieron a un saqueo y a una orgía de destrucción sin piedad. La *stoa* de Átalo fue arrasada, se incendió el odeón de Agripa hasta hacerlo irreconocible, se quemó salvajemente la biblioteca de Adriano y se destruyó deliberadamente el mercado que el emperador había hecho construir. El recinto del Olimpeion sufrió grandes daños de los que jamás se volvió a recuperar. La ciudad quedó reducida, tanto en población como en espacio urbano habitado, a menos de la cuarta parte de la que tenía antes de la despiadada agresión. Los supervivientes, desesperados por la destrucción generada, aprovecharon los restos de los edificios en ruinas para intentar levantar una nueva fortificación que los salvara de posteriores ataques. Pero era tan poco lo que debería de haber quedado en pie que en el futuro ningún pueblo bárbaro decidió hacer a Atenas blanco de sus correrías, tal era la situación de postración en la que la habían dejado los hérulos. Pero

los llamados pueblos bárbaros, no obstante, siguieron merodeando y esquilmando el Ática en siglos posteriores. A finales del IV, los godos destruyeron el templo de Apolo en Dafnis y el de Ceres en las proximidades de Atenas, poniendo fin a los legendarios misterios eleusinos, que eran unos ritos de iniciación que se celebraban en el templo de Eleusis dedicados a las diosas de la agricultura, Deméter y Perséfone.

Por si esta obra destructora de la barbarie germana no era suficiente, la obra de otros seres «civilizados» romanos completó la destrucción y el hundimiento de la civilización clásica. Así, por esta misma época, en las postrimerías del siglo IV, el emperador Teodosio, de origen hispano, decretó el abandono y el saqueo de las riquezas del templo de Zeus Olímpico, clausuró el templo de Delfos prohibiendo la existencia de su oráculo («la voz del agua se desvanecerá», como predijo la última sibila) y en el 393 decretó el fin de los Juegos Olímpicos, con lo que este acontecimiento desapareció de la historia durante quince siglos. Teodosio fue, con su actuación, uno de los grandes destructores del mundo clásico en general y de Atenas en particular.

A principios del siglo V todas las narraciones nos confirman que la ciudad estaba prácticamente abandonada y en ruinas, en particular el Ágora, donde pese a todo y sobre los restos del odeón de Agripa, se construiría en esos años un imponente gimnasio denominado de los Gigantes, que sin embargo tuvo efímera vida. Pero, por el contrario, predominaban más bien actuaciones como la del patriarca de Constantinopla, Juan Crisóstomo, que ordenó convertir los mármoles de los antiguos

monumentos en cal, mediante hornos que se instalaban junto a los mismos, destruyendo así lo poco que iba quedando del legado clásico.

Por esta época, hacia el año 425, tanto la estatua de Zeus de Olimpia, como los restos de la de Atenea Partenos del Partenón, eran trasladados a la ciudad de Constantinopla para embellecerla. Desgraciadamente, un terrible incendio acabaría con lo poco que quedaba de las mismas medio siglo después. Por esta misma fecha, el cristianismo iniciaba su labor eliminadora de vestigios arquitectónicos, transformando los antiguos templos paganos en iglesias para el culto cristiano, si bien es verdad que en muchos casos aquellos han llegado a nuestros días gracias a esta conversión en templos religiosos cristianos. El Partenón fue uno de los primeros en sufrir este cambio, y es que a mediados del siglo V resultó consagrado a la Virgen María, y, poco después, también el Teseion se convertía en iglesia cristiana a finales del siglo V.

La naturaleza parecía querer colaborar también en este afán destructivo. En el 522 y en el 551 dos fortísimos terremotos derribaban la mayor parte de lo que aún se conservaba en pie. El Olimpeion quedaba así definitivamente arruinado en lo poco que todavía había sobrevivido. Por estas mismas fechas, la labor de los seres humanos continuaba también cebándose sobre la desgraciada ciudad. En el 529 el emperador bizantino Justiniano decretaba el cierre de la Academia de Platón y la expulsión a Persia de los filósofos que aún enseñaban en ella los viejos cultos paganos; ello suponía el final del periodo de esplendor cultural ateniense, mien-

tras que a partir de aquel momento era Constantinopla quien se convertía en el centro de la cultura bizantina.

Durante la hegemonía del Imperio bizantino, Atenas se convirtió en un lugar apartado de la vida cultural. Muchas de las obras de arte de la ciudad fueron trasladadas a Constantinopla, y sus templos se transformaron en iglesias cristianas. Los emperadores bizantinos visitaron Atenas en ocasiones, pero la ciudad fue generalmente ignorada y sufrió un empobrecimiento manifiesto.

A finales del siglo VI, los eslavos penetraron en la ciudad, llevándose lo poco que en ella debía de quedar de valor. Ya no había casi nada que destruir, las ruinas se enseñoreaban de lo que había sido una de las ciudades más cultas y monumentales de todos los tiempos. Por esa misma época, el cementerio del Cerámico quedaba cubierto por el lodo del río Eridano, que rellenó de limo todo este espacio en el transcurso de una destructiva inundación.

En el siglo VII, los magníficos materiales que habían formado parte de la biblioteca de Adriano eran empleados para la construcción de una sencilla basílica paleocristiana. Sobre las ruinas del Erecteion se levantaba una nueva iglesia cristiana. En la siguiente centuria era el templo del Hefestión el que quedaba transformado en la basílica cristiana de San Jorge.

Debió de ser por esta época cuando la región del Ática quedó prácticamente deshabitada debido a los constantes saqueos e invasiones de diferentes pueblos eslavos. La inseguridad era tal que el antaño floreciente Ática quedó reducida a un yermo páramo despoblado entre los siglos VII y IX.

Tras la conquista de Constantinopla por los cruzados en 1204, Atenas se convirtió en un ducado feudal francés. Los almogávares catalanes tomaron la ciudad en el año 1311, pero fueron expulsados por una dinastía florentina que se instaló en ella con éxito a finales del siglo XIV.

El Imperio otomano alcanzó un control total sobre Atenas en el año 1458. El Partenón, templo dedicado a la diosa Atenea, protectora de la ciudad, fue convertido en mezquita musulmana. Bajo el dominio turco, la ciudad siguió administrada por griegos, y su población era una mezcla de griegos, turcos y eslavos.

Hacia el año 1500, Atenas era solo una sombra de lo que fue. Se calcula que por esa época debían de vivir unas doce mil personas en la ciudad. Pero aún quedaba en pie el mayor símbolo de su grandeza, el extraordinario templo del Partenón, que no había sufrido graves daños hasta entonces. Su transformación en iglesia cristiana lo había salvado de la destrucción, y los turcos otomanos, cuando tomaron la ciudad a mediados del siglo XV, también prolongarán su preservación convirtiéndolo en una mezquita y adornándolo con dos alminares.

Pero parecía que aún no se habían completado los males de Atenas, y así en 1687, en el transcurso de una guerra entre turcos y venecianos, el gobernador de los primeros decidió convertir al Partenón en una fortaleza, almacenando en él toda la pólvora que existía en la ciudad, con el convencimiento de que los europeos no se atreverían a atacar un monumento de la importancia que tenía aquel.

No contaba el iluso gobernador con que la ambición humana desdeña en muchas ocasiones la grandeza del

pasado, incluso en sus mayores manifestaciones. De este modo, el 26 de septiembre de ese mismo año, el dogo veneciano Morosini, que dirigía el asedio, ordenó disparar los cañones de su flota contra el Partenón. Este, después de un salvaje y breve bombardeo, reventó hasta sus cimientos, y de esta forma se destruyó casi por completo una obra imperecedera que había resistido durante más de dos mil años todos los ataques que la incuria humana había sido capaz de ofrecerle.

No acabó ahí el triste sino de la ciudad. Tras la debacle explosiva, entre los cascotes del Partenón y algunas de sus columnas que todavía permanecían en pie quedaban restos de los maravillosos mármoles que Fidias había esculpido muchos siglos antes. Pero, por si no fueran pocas todas estas desgracias, un lord inglés, apellidado Elgin, robó con la complicidad del sultán otomano Selim III los restos que quedaban de las mismas entre 1801 y 1803. A continuación las embarcó hacia Inglaterra, y después de una serie de desventurados episodios en los que muchas de esas obras sufrieron irreparables desperfectos, decidió venderlos al Museo Británico. Es en este lugar donde se conservan en la actualidad, a pesar de las numerosas peticiones y ruegos que los diferentes gobiernos griegos hasta la fecha han dirigido al Reino Unido para que les restaure la última muestra de su grandeza, ahora exhibida fuera de la ciudad, donde el genio creador de Fidias y de Pericles los colocó hace casi dos mil quinientos años.